



CARLOS DOMÍNGUEZ MORANO, *Mística y psicoanálisis. El lugar del Otro en los místicos de Occidente*, Trotta, Madrid, 2020, 437 pp. ISBN: 978-84-9879-827-2.

«Dios o el Inconsciente» (p. 307). Este es el eje sobre el que pivota el nuevo libro de Carlos Domínguez Morano, que afronta con gallardía el hecho de que ha habido y hay personas que tienen experiencias radicalmente distintas a las habituales en su intensidad y forma. Dos órdenes, natural y sobrenatural, científico y religioso, pugnan desde hace siglos por dar una explicación comprensible a estas experiencias. Creo que un libro como este es la expresión, implícita ya en su misma existencia, de que es necia (cuando no interesada) la pretensión de resolver esta cuestión planteándola como una dicotomía. Quizás por eso se titula mística «y» psicoanálisis.

La exposición de la obra muestra la voluntad de desplegar ante el lector el mapa completo de la discusión sobre si es oportuno mantener esa «y» entre mística y psicoanálisis o sería mejor quedarse con esa «o» que permitiría a los partidarios de Dios y a los del Inconsciente quedarse más tranquilos y seguros entre sus convicciones escolásticas de especialistas en algo. Después de un capítulo inaugural («¿Qué decimos al hablar de mística?») que intenta llegar a una definición de los términos esenciales de la cuestión, se suceden dos capítulos de corte histórico («La experiencia mística desde la psiquiatría y la psicología» y «Aportaciones psicoanalíticas») en las que el autor nos presenta con eficacia y brevedad las principales corrientes y autores que hay que tener en cuenta antes de iniciar un planteamiento personal del problema. Este planteamiento queda sobre la mesa en los cuatro capítulos siguientes. Primero (capítulo 4, «Fuentes y estructuras inconscientes de la experiencia mística»), con la interpretación que hace el autor de la aplicación general a la mística cristiana de los elementos tópicos, económicos y dinámicos propios de la teoría freudiana. Después (capítulo 5, «Místicos y profetas»), con un análisis concreto de la presencia de estos elementos en las tipologías místicas más importantes de la tradición judía y cristiana. Por contraposición con estos ejemplos, que Domínguez Morano considera sanos, el capítulo 6 («El “más allá” de la experiencia mística») trata los casos en que este tipo de experiencia está teñido de una serie de componentes que invitan a presumirle un carácter patológico. Finalmente, el capítulo 7 («Un caso particular: Dios y el inconsciente en la experiencia de Ignacio de Loyola») es el remate de la construcción teórica emprendida por el autor. Situándose en el punto de máxima amplitud y profundidad de su conocimiento, el estudio psicoanalítico de san Ignacio le permite poner a prueba la razonabilidad de una posición que, ya desde el título del capítulo, muestra su elección en favor de una «y». En contraste con todo lo anterior, que considero una obra de madurez, el capítulo 8 («Entre Oriente y Occidente: dualidad y no-dualidad») me parece que apunta más a un deseo que a un fruto ya recogido. Con él, Carlos Domínguez asume el desplazamiento que se ha producido, a un mismo tiempo, en los dos términos de la discusión inicial sobre la experiencia mística. De la falta de unanimidad sobre la capacidad del «Inconsciente» para representar el orden natural-científico en esta polémica, da cuenta la explosión de escuelas psicológicas,

psicoanalíticas y psicoterapéuticas a la que asistimos. De la negación a «Dios» de ese mismo papel de representante, por el bando contrario, no hay mejor prueba que la propagación pandémica de todo tipo de productos (y subproductos) derivados en mayor o menor medida de diferentes espiritualidades orientales. Para quien se sienta tentado a considerar que con la referencia al camino de unión con la energía cósmica, que le permitiría llegar a ser la mejor versión de sí mismo, ya puede dar razón de la experiencia mística, Carlos Domínguez ofrece en los capítulos anteriores suficientes lecturas y preguntas como para que, al menos, surja la duda acerca de si está comprando mercancía defectuosa.

Como no podía ser de otra forma, Freud y los místicos tienen el papel protagonista en esta obra. En todo momento se aprecia la voluntad del autor de honrar el lugar central de sus posiciones, volviendo a sus textos una y otra vez, en vez de entregarse a la adoración de cualquier escuela interpretativa de los mismos y menos aún a la tendencia tan extendida de traer a autores de moda a un espacio donde no tienen nada importante que decir. En cualquier área de estudio, hay un gran mérito en estos tiempos en atreverse a volver a los clásicos, en preferir el original a la copia. Al mismo tiempo, mostrando que no se trata de hacer una arqueología meramente erudita, también aparecen en la obra otras figuras intelectuales más cercanas, con las que se establece un diálogo apretado, intenso, porque es junto a estos autores que Domínguez Morano viene leyendo desde hace décadas a los místicos y a Freud.

De entre estas figuras destacaría la referencia general y permanente a Juan de Dios Martín Velasco, recientemente fallecido, cuyo magisterio como fenomenólogo de la religión es asumido y agradecido con claridad a lo largo del libro, y a Michel de Certeau. En todos los sentidos, este es el libro más certeauiano de Domínguez Morano. Muy próximo a Carlos Domínguez en varios aspectos, Certeau aparece a lo largo del texto como una autoridad respetada, que aporta herramientas interpretativas relevantes para la cuestión que se está tratando (algo que es especialmente notorio en las páginas dedicadas a la relación entre mística e institución eclesial). En lo que hace al psicoanálisis la interlocución contemporánea que me parece más importante es la que mantiene el autor, entre otros muchos, con Antoine Vergote y en el campo de la filosofía con Juan Antonio Estrada, ambos autores capaces de mantener un diálogo exigente sin excluir a la religión del debate. Tratada en un tono más polémico aparece también la figura de Enrique Martínez Lozano, del que el autor se desmarca claramente en el capítulo 8. Ahí, como he expuesto anteriormente, Carlos Domínguez acepta el envite contemporáneo de considerar que es posible que el cristianismo tenga cosas que aprender de las espiritualidades orientales, aunque evitando con elegancia deslizarse hacia la asunción de la espiritualidad no-dual como única vía de salida ante las contradicciones y dificultades de la tradición mística cristiana de Occidente.

Trotta añade con esta obra una excelente pieza a su catálogo; un fragmento de sabiduría cuya lectura se complementa a la perfección con otro de sus libros, desgraciadamente poco conocido, *De la religión considerada en sus fuentes, formas y desarrollo*, de Benjamin Constant, al que, por su parte, el libro de Carlos Domínguez aporta una clara sinergia para comprender qué es «el sentimiento religioso», independientemente de las formas concretas en que cristalice en las diferentes sociedades y coyunturas históricas.

Juan D. González-Sanz
orcid.org/0000-0002-4344-8353